

Don Marcelino Menéndez Pelayo, autor de la expresión “España, martillo de herejes”, de la frase “pueblo que no sabe su historia es pueblo condenado a irrevocable muerte”, de jocundos versos imitando las odas horacianas, o de obras monumentales como la Historia de los heterodoxos españoles fue, entre otras cosas, Director de la Biblioteca Nacional de España entre los años 1898 y 1912, y bibliotecario de la Real Academia de la Historia en 1899. Erudito incansable, historiador de la literatura, de la religión, de la filosofía y de la ciencia, traductor, editor, catedrático, políglota, articulista, conferenciante, diputado a Cortes, académico, polemista... y hasta un poco poeta. Se decía de él que conocía el lugar exacto del millón de libros de la Biblioteca Nacional. Conozcamos algo más de este gran intelectual en el 150 aniversario de su nacimiento.

Marcelino

La leyenda del millón de libros

Nacido en Santander en 1856, estudió en las universidades de Barcelona y Madrid. Tras acabar su carrera universitaria visitó, entre 1876 y 1877, bibliotecas de Portugal, Italia, Francia, Bélgica y Holanda becado por el Ayuntamiento de Santander: allí se dedicó a leer, y a copiar de su propia mano cientos de obras que consideró de valor y utilidad para sus estudios posteriores. A los 22 años ya era catedrático, y a los 25 académico de la Lengua; a los 28, diputado de la Unión Española (ala derecha del partido conservador). El insigne polígrafo montañés es una de las pocas personas dignas de tales calificativos. ¿Y qué es un polígrafo? Él mismo,

en su obra *Los grandes polígrafos españoles* ofrece su definición: “Llámanse polígrafos en el más vago y general sentido aquéllos autores que han cultivado diversas ramas de la literatura, ya científica, ya amena, y es claro que los escritores de tal género abundan en todas las literaturas”. Y don Marcelino cultivó todas las ramas de la literatura, como escritor irrefrenable y sobre todo como lector impenitente. Cuenta Rubén Darío (otro bibliotecario insigne, por cierto) que en 1892, habiendo sido nombrado secretario de la delegación nicaragüense para la celebración de los actos del IV Centenario del Descubrimiento de América, viajó a Madrid, donde se alojó

Menéndez Pelayo

Honorio Penadés de la Cruz

Autor de la bitácora "La imagen social del bibliotecario"



en el mismo hotel en que vivía Marcelino Menéndez Pelayo y se coló en su habitación cuando éste no estaba: “Era un cuarto como todos los cuartos de hotel, pero lleno de tal manera de libros y de papeles que no se comprende cómo se podía allí caminar. Las sábanas estaban manchadas de tinta”. Católico “a machamartillo”, escribió en su *Historia de los heterodoxos españoles* un repertorio tanto de ortodoxos como de heterodoxos, y dice Fernando Savater que “en esta obra, inmensamente erudita y elocuente, tiene la suprema honradez de tratar con delicada precisión a cada hereje, a cada disidente: gran parte de ellos yacerían hoy en el olvido si no hubiera sido por su esfuerzo. Si los hubiera cogido vivos, puede que los hubiese llevado a la hoguera; pero los encontró convertidos en libros y referencias bibliográficas, así que prefirió salvarlos para siempre en su libro de libros”.

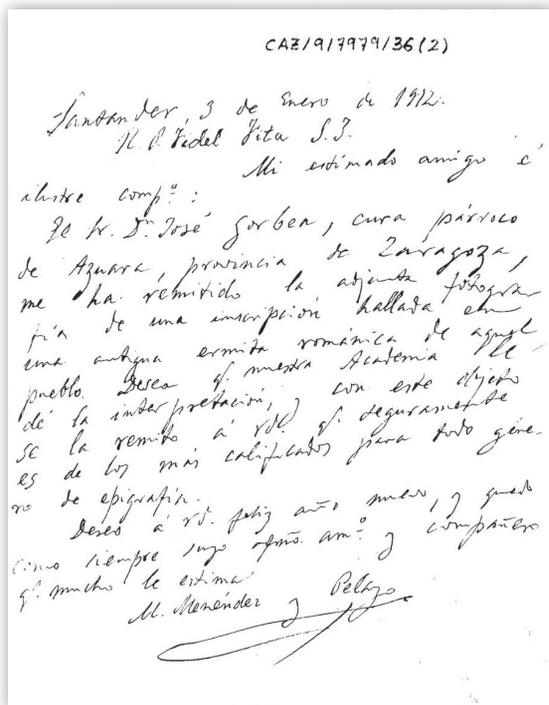


Su amor a los libros y la lectura le vino desde muy niño, según contaba su hermano. Comenzó su particular biblioteca a los doce años, guardando en la alacena familiar unas decenas de libros primorosamente ordenados y clasificados: redactó en una humilde hoja todo un catálogo sistemático, haciendo constar el número de orden, el autor, el título, volúmenes, la forma de entrada por regalo o compra, etc. Las tablas del armario que el niño tenía llenas de libros se convirtieron, andando el tiempo, en un

espacioso pabellón que su padre mandó construir en el jardín, mientras viajaba el hijo por el extranjero, con capacidad para diez o doce mil volúmenes. En la casa paterna mantuvo el polígrafo su amada biblioteca, que alcanzó a su muerte en 1912 más de 45.000 volúmenes, la única de sus obras de la que se encontraba “medianamente satisfecho”. Dicen que su última frase fue: “Lástima tener que morir ahora, faltándome tanto que leer...”. En el testamento confiaba su biblioteca al Ayuntamiento de Santander, que la conserva abierta al público. Su testamento es una última muestra de su amor al libro, al referir sus cláusulas, advertencias y prohibiciones casi por entero a su biblioteca. “La generación presente —dijo Menéndez Pelayo refiriéndose a los hombres maduros de su tiempo— se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los krauistas; la generación siguiente, si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas”.

Se decía de él que conocía el lugar exacto del millón de libros de la Biblioteca Nacional, o que leía a la vez dos páginas de un mismo libro, una con cada ojo, conservando además memoria fiel de la plana y de la línea en que se hallaba tal o cual sentencia. No será cierta la leyenda, pero sí que fue un bibliotecario de los que dejan memoria en el oficio y en la casa. Marcelino Menéndez Pelayo fue nombrado director de la Biblioteca Nacional de España el 8 de julio de 1898, tras la muerte de Tamayo y Baus. Tenía cuarenta y dos años, llevaba veinte de catedrático de la universidad, era senador y académico de la Española, de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas; era muy conocido en el mundo intelectual y literario; había escrito numerosos artículos, prólogos y discursos, y publicado ya sus obras más importantes. Aceptó gustoso porque “la cátedra le pesaba y le resultaba antipática la labor rutinaria y mecánica de las clases”. Pero su nombramiento resultó polémico, pues era identificado por muchos con una de las vertientes del pensamiento español (el casticismo español, frente al europeísmo de los jóvenes). Su visión historicista de la cultura y de la función conservadora de la Biblioteca le valieron la enemistad e incomprensión de la prensa, que en verano de 1910 organizó una gran campaña contra su gestión; jóvenes intelectuales como Ortega y Gasset pedían una Biblioteca más abierta y con libros más modernos; don Marcelino salió victorioso al conseguir que el ministro solicitase en un discurso al Congreso más recursos para la Biblioteca Nacional.

Dice Hipólito Escolar que no ha habido otro director de su talla intelectual y erudición. Durante los años de su mandato se publicaron importantes obras técnicas: en 1899 el *Catálogo de manuscritos árabes*; en 1901 el *Reglamento para el régimen y servicio de las bibliotecas públicas del Estado*, disposición muy completa y con un marcado carácter conservador, porque primaba la conservación de los fondos sobre su consulta (se puede considerar



Carta manuscrita de MMP a Fidel Fita en 1912, facsímil sacado de la Biblioteca Virtual Cervantes.

la primera biblioteconomía española); en 1902 las *Instrucciones para la redacción de los catálogos de las bibliotecas públicas el Estado*, instrumento necesario para el conocimiento de los fondos conservados en las bibliotecas (primer antecedente de nuestras Reglas de Catalogación); en 1905 organizó la Exposición Conmemorativa del III Centenario de la publicación del Quijote, inaugurando una de las líneas fundamentales de actuación de la Biblioteca Nacional de España desde entonces; bajo su dirección, la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (1871-1986) alcanzó amplio prestigio intelectual y sirvió –además de para algunos debates técnicos y como crónica de los centros bibliotecarios– para dar a conocer en sesudos estudios una parte importante del patrimonio bibliográfico, para mejorar la imagen profesional de archiveros, bibliotecarios y arqueólogos, y como lugar de encuentro entre investigadores y Cuerpo Facultativo.

Nuestro polígrafo también escribió, entre otras cosas, *La ciencia española*, *Horacio en España*, la monumental *Historia de las ideas estéticas en España*, la monumentalísima edición de las obras completas de Lope de Vega, la no menos monumentalísima *Antología de los poetas líricos castellanos...* total,

así hasta los 65 gruesos volúmenes que incorpora su Obra Completa en la edición *incompleta* del CSIC en 1940. Con tanta monumentalidad a sus espaldas lo menos que podían hacer era levantarle un monumento: al poco de morir, encargaron al escultor Coullaut Valera una monumental estatua sedente (*legente*, habría que decir) de su paisano, para ponerla en el vestíbulo de la Biblioteca Nacional, donde ha estado *estorbando* hasta que la nueva directora, la escritora Rosa Regàs, anunció que quería trasladarla a los jardines de la Biblioteca, anuncio que motivó una ola de repulsas cántabras (y algunas oportunistas desde la extrema derecha, interesada en apropiarse de don Marcelino o en atacar a doña Rosa). El pasado mes de octubre se decidió no sacar la estatua a la intemperie por un informe técnico, pero la verdad es que esta cuestión doméstica ha llenado muchas páginas de periódicos los últimos meses y quizá haya hecho que la celebración de los 150 años de su nacimiento haya sido una verdadera *revisitación* del sabio llena de prédicas reivindicativas y de soflamas por parte de personas que posiblemente hasta ahora nunca habían leído de Menéndez Pelayo más allá de unas frases sueltas.

¿Quieren leer algo suyo muy simpático relacionado con su pasión por los libros? Fragmentos de la “Epístola a Horacio”, poema de Menéndez Pelayo que abre la colección de traducciones castellanas de Horacio que editó de joven (con 20 años) bajo el título de *Odas y epodos* y que se reeditó en 1992. Allá van:

*Yo guardo con amor un libro viejo,
De mal papel y tipos revesados,
Vestido de rugoso pergamino;
En sus hojas doquier, por vario modo,
De diez generaciones escolares
A la censoria férula sujetas,
Vese la dura huella señalada.
Cual signos cabalísticos retozan
Cifras allí de incógnitos lectores;
En mal latín sentencias manuscritas,
Escolios y apostillas de pedantes,
Lecciones varias, apotegmas, glosas,
Y pasajes sin cuento subrayados,
Y addenda y expurganda y corrigenda;
Todo mezclado con figuras toscas
De torpe mano, de inventiva ruda,
Que algún ocioso en solitarios días
Trazó con tinta por la margen ancha
Del tantas veces profanado libro.*